

¡Vivan los hippies buenos!
Tres yippies en el Chile de
Salvador Allende

Long live the good hippies!
Three yippies in Salvador
Allende's Chile

Vivam os hippies bons! Três
hippies no Chile de Salvador
Allende

Manuel Suzarte¹



Resumen: La victoria de Salvador Allende en 1970 no fue solo un evento determinante para el contexto chileno, tuvo también un eco global, transformando el incipiente experimento que buscaba la creación de una vía democrática al socialismo, en un evento que capturó la atención de militante del mundo entero. Como parte de estas audiencias cautivas, tres miembros de la Nueva Izquierda estadounidense, ligados al movimiento Yippie y desilusionados con el estado de las luchas políticas en su país, decidieron embarcarse en un viaje para conocer la experiencia chilena de primera mano. Nuestro artículo reconstruye este viaje, con el objetivo de mostrar las particulares interacciones que cada viajero tuvo con la realidad chilena y, a través de estas, analizar las características y límites del proyecto de la Unidad Popular, el lugar de la cultura como elemento constitutivo del proyecto de cambio y en paralelo el desarrollo de la contracultura juvenil.

Palabras clave: unidad popular; sesentas globales; contracultura; nueva izquierda; Estados Unidos; Chile.

Abstract: Salvador Allende's victory in 1970 was not only a determining event in the Chilean national context, but also had a global echo, transforming the incipient experiment that sought to create a democratic pathway to socialism into an event that captured the attention of militants from all over the world. Within this captive audience, three members of the US New Left, linked to the Yippie movement and disillusioned with the state of their struggles at home, decided to embark on a journey to experience the new Chile firsthand. Our article reconstructs this trip, with the aim of showing the particular interactions that each of the travelers had with the Chilean reality: the characteristics and limits of the Popular Unity project, culture as a constituent element of the project of change and the parallel development of the youth counterculture.

Keywords: popular unity; global sixties; counterculture; new left; United States; Chile.

Manuel Suzarte
¡Vivan los hippies buenos! Tres yippies en
el Chile de Salvador Allende



Introducción

El triunfo de Salvador Allende en la elección presidencial de 1970 reverberó en el mundo entero, convirtiéndose, en palabras de Compagnon y Moine (2015, p. 5), en una verdadera “*passion politique*” para las izquierdas de todo el mundo. En este contexto Chile se volvió un epicentro revolucionario, por una parte, gracias al (re) establecimiento de relaciones diplomáticas con distintos países del mundo socialista y, por otra, por la gran cantidad de viajeros que visitaron el país para conocer de primera mano el experimento chileno (Ferandois, 2005, p. 214). Nuestro artículo presenta un caso de estudio ligado a esto último; se trata de un viaje realizado por tres estadounidenses –Phil Ochs, Stew Albert y Jerry Rubin– a Chile durante agosto y septiembre de 1971.

Albert y Rubin eran *yippies*, militantes del *Youth International Party*, una organización fundada en 1967 como parte del movimiento de la Nueva Izquierda estadounidense. Ambos habían dado sus primeros pasos en la política en la Universidad de Berkeley como parte de la oposición a la guerra de Vietnam. Rubin era sin dudas el más célebre del grupo. Como yippie alcanzó fama mundial, gracias a las protestas mediáticas del grupo y a la publicación en 1970 de su libro *Do It!*, un manifiesto contracultural en el que define a los yippies como “a hybrid mixture of New Left and hippie coming out something different [...]”. A longhaired, bearded, hairy, crazy motherfucker whose life is theater” (Rubin, 1970, p. 87). A la hora de intervenir públicamente, esta noción de teatro era fusionada con la idea de guerrilla, *guerrilla theater*, mezclando humor absurdo y contestación política frontal. Para Albert, los *yippies* hacían una especie de “lucha libre profesional”, salvo que sus combates eran reales, pues buscaban comunicar sus ideales en torno a la libertad, la paz y la creatividad (Albert, 2004, p. 71). A medida que la década del sesenta progresaba los yippies aumentaron su presencia mediática en especial luego de su intervención el 24 de agosto de 1967 en la Bolsa de Comercio de New York, donde un pequeño grupo ingresó al salón de transacciones lanzando billetes por los aires y posteriormente quemándolos, todo como una protesta contra el capitalismo. Ochs, el tercer miembro del grupo era músico, uno de los principales exponentes de la música folk comprometida en la escena de la costa este estadounidense. Un cantante político, autor de canciones que denunciaban el imperialismo estadounidense y sus intervenciones en lugares como Santo Domingo y Vietnam. Estas preocupaciones lo llevaron a conocer a Rubin y el mundo de la Nueva Izquierda, volviéndose amigos y compañeros de lucha.



Los tres viajeros habían protagonizado los años más gloriosos de los sesenta estadounidenses, sin embargo, hacia finales de la década lo que había parecido como un momento de cambio revolucionario comenzó a extinguirse. Por un lado, la gran causa célebre, la guerra de Vietnam, continuaba a pesar del movimiento global en su contra y se extendería a otros países luego de la elección de Richard Nixon como presidente de los EE.UU en 1968. Por otro lado, ese mismo año la violencia política golpeaba al mundo progresista con los asesinatos de Martin Luther King Jr. y Robert Kennedy. La historia no parecía estar de su lado. En sus memorias, Rubin dio cuenta de este rápido cambio y del impacto que significó para él

I was a folk hero of rebellion to young people. My life was exciting, involved, relevant. I had satisfied all my childhood dreams. And then: crash. In two brief years the mass political movement disappeared [...]. A group of young kids publicly retired me from the movement for being over thirty [...] People began relating to me as an image, not as a human being. Worst of all, I believed the image; I forgot who I was. I felt dead at thirty-four (Rubin, 1976, p. 1-2).

La vida de Phil Ochs mostraba también signos de agotamiento; hacia 1971 su carrera estaba estancada. Si bien sus primeros años habían estado marcados por el compromiso político y la esperanza de cambiar el mundo, el cantante nunca consiguió un despegue comercial como el de su amigo Bob Dylan, quien trascendió el género folk, transformándose en la voz de su generación. Así, mientras el mundo de los viajeros se derrumbaba, al igual que sus esperanzas, al sur del continente otra realidad se construía. En 1971 Chile aparecía en el horizonte de los viajeros como “the most exciting place on earth” (Albert, 2004, p. 172), un lugar en donde las esperanzas y sueños de los tres podían resurgir.

La reconstrucción de este episodio va más allá de la restitución de una experiencia puntual de viaje. La visita debe analizarse en la línea de los estudios sobre los *Global Sixties*, en cuanto a pensar la década del sesenta desde sus dinámicas de circulación e interacción transnacional de activistas y militantes. Retomando lo expuesto por Marchesi (2017, p. 198) nuestro caso de estudio da cuenta justamente de esta globalidad al posicionar a Chile como un país dentro de los lugares de interés para militantes ligados al movimiento contracultural estadounidense, a la altura de Cuba y Vietnam. Al igual que otros estudios de caso nacionales relativos a los sesentas latinoamericanos y el desarrollo de



la contracultura (Barr Melej, 2017; Zolov, 1999) nuestro artículo se propone mostrar las complejidades al seno de la sociedad chilena y más específico de la izquierda a la hora de su articulación con los movimientos contraculturales criollos a través la experiencia de estos viajeros.

Como veremos, los tres se enfrentaron de manera distinta a la realidad chilena, mostrándose cada uno interesado por diferentes aspectos de la sociedad. A través de la reconstrucción del viaje nos preguntamos, en primer lugar, de qué manera estos aspectos particulares dieron cuenta de la complejidad del proceso político chileno; en segundo lugar, de qué manera la idealización inicial respecto del Chile de Allende se vio confrontada a voces disonantes a lo largo del viaje; y, finalmente, en qué grado los viajeros, identificados con el proceso chileno, lograron encontrar una acogida favorable en Chile.

Respecto de la reconstrucción del episodio, las fuentes disponibles no son abundantes, pero se caracterizan por su diversidad. En primer lugar, recurrimos a las biografías y autobiografías de Albert (2004), Ochs (Elliot, 1989; Schumacher, 1996) y Rubin (1976; Thomas, 2017); en estas el viaje a Chile ocupa solo una parte en sus trayectorias vitales. En segundo lugar, recurrimos a fuentes provenientes de la prensa *underground* estadounidense, entre las que destacan algunos escritos de Albert y Rubin durante su estadía en Chile. Cabe mencionar la relevancia de estos registros, ya que ambos yippies plasmaron sus impresiones en artículos de prensa que de cierta manera buscaban interesar y cautivar a los lectores estadounidenses. En tercer lugar, destacamos archivos personales de Albert, como cartas e información sobre los seguimientos que vivió por agentes del FBI.

Esto último es relevante, ya que, a pesar de no tratarse de un viaje oficial o una invitación política, como en el caso de otras figuras de la izquierda internacional que visitaron Chile durante el período (por ejemplo, Fidel Castro en 1971 o Ángela Davis en 1972), el FBI venía haciendo un seguimiento de todos sus movimientos, tanto en los EE.UU como en el extranjero. Aun si esperaron pasar desapercibidos, lo cierto es que la ropa multicolor, el pelo hasta los hombros y las frondosas barbas con que abordaron el vuelo con destino a Santiago, el 3 de agosto de 1971, los convirtieron en llamativos visitantes en Chile (FBI, 1971, p. 9).

¿En dónde está la revolución?

“Chile was a place where discussing politics was still part of



everyday life [...]” (Albert, 2004, p. 172)

De los tres viajeros, Stew Albert fue el más interesado en el proceso chileno, intentando dar a conocer sus distintas facetas. Su reflexión nos muestra que buscó tener una experiencia más política que la de sus compañeros de viaje.

Desde un inicio, el trío se alojó en un hotel en el centro de Santiago, cuyo lujo distaba del imaginario que Albert tenía de una revolución victoriosa: para él “encontrar la revolución” se transformó era su máxima. Una cosa era clara: el paisaje moderno de la capital chilena difería de una utopía donde se construyera el socialismo. La gente seguía vistiendo la formalidad de los trajes, se veía bien alimentada y se movía por una urbe genérica, “[it] could be any prosperous bourgeois city in the world” (Albert, 1971, p. 18) sentenciaba el viajero. En un primer momento, la capital se caracterizaba principalmente por las ventajas tradicionales para los turistas provenientes del norte del mundo que poseían dólares, en efecto, Chile era una ganga. Albert describe esa primera noche como una de lujos:

Our first night in Santiago, we sat in a turn of the century elegant hotel dining room. We ate an enormous steak, drank the finest wine and smoked cigars. We thought we were taking the pleasure of a dying social order, all those rich men stuffing themselves at the other tables, they were living dead, eating their last meal, we were different, on the workers side (Albert, [19--]).

A los pocos días la revolución comenzó tímidamente a dibujarse. Rumores dentro de algunos círculos juveniles universitarios llevaron a una pareja de jóvenes familiarizados con el libro de Rubin² a encontrarse con el resto del grupo (Albert, 2004, p. 173). Junto a dos otros chilenos, Ricardo y Agna, el grupo se dirigió a su primera entrevista “revolucionaria”, una reunión con un funcionario de la Unidad Popular y militante del Partido Comunista. El intercambio distó de estar a la altura de las expectativas de Albert, resultando en una exposición demasiado formal sobre las políticas del gobierno (Albert, 1971, p. 18). Tras ello, Ricardo le advirtió que, pese a la cordialidad, el funcionario les había expuesto la línea oficial del partido. Claramente la revolución existía, al menos en los discursos oficiales, pero las cifras y líneas de partido no ayudaban a materializarla. Frente a esta situación Ricardo los invitó a conocer a los “verdaderos revolucionarios”.



Así el grupo recaló en el la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, la cual se encontraba tomada. Es interesante notar que la universidad y en especial los estudiantes universitarios estuvieron al centro de las actividades de Albert y sus compañeros. Esto no es casual si consideramos que la lucha política se había encarnado en este espacio. El triunfo de la Unidad Popular tuvo un efecto importante en las luchas políticas internas de las universidades chilenas, especialmente en la Universidad de Chile, institución que empujaba desde la segunda mitad de los años sesenta un complejo proceso de reforma. A partir de 1971, la universidad pasó a reflejar el proceso político nacional con los distintos actores universitarios identificados con los del panorama político nacional (Garretón; Martínez, 1987, p. 78).

Por primera vez desde su llegada al país, Albert se vio sorprendido por la escena, dada la gran similitud con lo visto durante su viaje a Francia. La comparación fue inmediata: “[It] looked like Paris in the midst of the student uprising. The slogans on the walls were anarchistic and had the earmark of French wit and intellect” (Albert, 1971, p. 18). Habiendo sido alumno y activista en Berkeley, para Albert la toma universitaria chilena tenía un aire más familiar. No obstante, la verdadera revolución la encontraría fuera del centro, alejada de la capital.

Las poblaciones a las afueras de Santiago captaron igualmente su atención, transformándose en una parada obligatoria para conocer la pobreza en Chile y entender el porqué del programa de la Unidad Popular. Sobre la visita Albert recordaría: “I really dug these people of the *Poblacion*”. En este entorno, no solo las condiciones de vida lo impactaron, también la energía del lugar: “In some way, which is both silent and loud they sing to Allende – like the French lumpen sang to Marat – for justice and dignity”. Este primer acercamiento a una realidad social diferente vino acompañado además de una primera experiencia en torno a lo que Salvador Allende inspiraba en la gente, sobre esto Albert escribió: “[They call Allende] Companero Presidente. This is a great character reference” (Albert, 1971b, p. 18).

Las sorpresas continuaron algunos días más tarde cuando el grupo salió de Santiago para conocer Chile en su extensión. Poco a poco, Albert entró en contacto con distintas personas, con el fin de descubrir los avances de la experiencia chilena. Para un activista como él este regreso a un ambiente en donde había un proyecto común, optimismo y lucha política, significaba una bocanada de aire fresco, “Chile was a place where discussing politics was still part of everyday life” (Albert, 2004, p. 71). En ruta por el sur de Chile, el grupo



visitó la mina de Lota, conociendo la vida de los mineros en los bares de la ciudad y sorprendiéndose por la omnipresencia de Allende, cuya imagen parecía estar siempre en todos los muros, además de escucharse siempre “música socialista” (Albert, 1971b, p. 19).

Más al sur, en Valdivia, Albert llegó al astillero SOCONAVE, compañía que pasaba por un mal momento económico y que había sido tomada por los trabajadores. Se trataba entonces de otra toma, aunque esta vez con consecuencias mayores a las de una universitaria. Albert describió la escena para la prensa estadounidense de la siguiente manera: “The workers occupied the plant and proclaimed it ‘tomado’. ‘Tomado’ means taken. ‘Tomado’ is happening all over Chile [...] You see the word in the headlines every day. It is a popular sport to guess what is being taken over today” (Albert, 1971b, p. 19).

“Tomado” se transformará en la manifestación más clara del conflicto político chileno para Albert. Al regresar a Santiago, este conflicto entre “capital y trabajo”, entre patronos y obreros, se hizo patente a su alrededor: el dueño del hotel donde alojaban peleaba contra sus trabajadores o en la sala de cine cercana los trabajadores habían decidido tomarse la sala de proyección (Albert, 2004, p. 172). Otro ejemplo de movilización popular lo encontró en el trabajo voluntario universitario: “All over Chile thousands of students and workers are putting in free time. There are about a hundred students from Technical University of Santiago working in the mine”. Interesado en saber por qué hacían ese trabajo, Albert entrevistó a los estudiantes participantes, obteniendo como respuesta: “To set an example. We are trying to create a new man who is not motivated by money” (Albert, 1971b, p. 19). Los estudiantes encarnaban los ideales de Allende.

Lo que vuelve interesante la perspectiva de Albert es que, a pesar de su admiración por el proceso chileno, por la voluntad del trabajador, por la ética revolucionaria y la búsqueda del hombre nuevo, se interesó también por los problemas del proceso. Un ejemplo de esto fueron las fracturas y diagnósticos divergentes tanto al interior de la Unidad Popular como en el resto de la izquierda chilena. En este sentido, como parte de las reuniones con funcionarios del gobierno, el grupo de estadounidenses se reunió con Cristián Casanova, Director de Difusión Cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores. Si anteriormente los yippies habían recibido la línea del Partido Comunista, en su encuentro con Casanova conocieron la línea de la Unidad Popular, las claves del proceso chileno y su unicidad. En primer lugar, en un intento por bajar las expectativas revolucionarias de los viajeros, Casanova les informó que Chile



no era Cuba, no se debía esperar el mismo tipo de proceso. Esta aclaración era importante, si consideramos que Cuba era el gran referente latinoamericano de la revolución para los estadounidenses. Albert y Rubin habían visitado la isla en 1960 y 1964 respectivamente (Albert, 2004, p. 11-23; Rubin, 1970, p. 20), mientras que para Ochs la revolución no solo era admirada, sino que también se había convertido en un tópico para su música.³

En efecto, las razones de la particularidad chilena eran el peso de la historia del país, el que contaba con una tradición democrática excepcional en el contexto del continente, además de tener unas Fuerzas Armadas que operaban como garante democrático y ente no deliberativo. Sobre la reunión Albert retuvo que:

[...] there has been constitutional government for 40 years. The army stays out of politics. Chile has had previous Popular Front governments and much socialist law is already on the books. The new government is only carrying out the law. For the first time the peoples' vote made a difference. They elected a government which served them. Previous governments turned guns on the people – guns supplied by the gringos. Now the government was into free milk and schools (Albert, 1971, p. 18).

La mirada sobre el proceso entregada por Casanova chocó con los que los amigos chilenos de Albert pensaban. Para Ricardo, lo que realmente hacía Allende era cooptar a los trabajadores y no construir un verdadero socialismo (Albert, 1971, p. 18). Esta no fue la única postura crítica hacia la Unidad Popular proveniente de la izquierda que Albert encontró. Dentro de los actores políticos por los cuales se interesó, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) se transformó en el principal, ocupando varias líneas en su relato:

[They] are the Tupamaros of Chile. Before Allende won, they used to hold up banks and supermarkets and distribute money and food to the poor. They thought the Communists and Socialists were wasting their time in electoral politics, but when the last election came, they suspended their military activities. They didn't want to be accused of hurting the traditional left in the voting booth (Albert, 1971b, p. 19).

Sin embargo, lo que más sorprendió a Albert fue la relación de los miristas con Salvador Allende, ya que durante 1971 estos formaban parte del aparato de



seguridad del presidente, el denominado Grupo de Amigos Personales (Pérez, 2000, p. 31-81). Sobre esta situación, Albert reportó:

Before the election the MIR was underground and many of its people were in jail. Allende pardoned them all and the MIRistas moved into the President's house with loaded guns. Allende could not trust the conservative army or police, and neither the Communists nor the Socialists had a military cadre. So it fell to the MIR to become part of the Chilean secret service (Albert, 1971a, p. 19).

Albert fue aún más lejos en su fascinación con esta relación improbable entre el “compañero” presidente y los jóvenes revolucionarios. Para explicar su asombro a los lectores estadounidenses, realizó una curiosa comparación: “It would be like Dave Dellinger getting elected President and the Weather Underground, including Bernadine, Mark and J.J. becoming his official bodyguards” (Albert, 1971b, p. 19). En este paralelo, Salvador Allende es Dave Dellinger, conocido líder de la no-violencia estadounidense, protagonista del movimiento pacifista antiguerra desde la década de 1930 y uno de los “7 de Chicago” (junto con Rubin), arrestados en 1968 luego de la convención del Partido Demócrata en Chicago (Farber, 1994). Siguiendo el parangón, los miristas eran los tres jóvenes líderes del movimiento clandestino *Weather Underground*, Bernardine Dohrn, Mark Rudd y John Jacobs. Esta agrupación, había nacido como una escisión del grupo *Students for a Democratic Society*, por su decisión de pasar a la acción directa revolucionaria, combinándolo con un fuerte discurso anti-imperialista y en favor del *Black Power* y los *Black Panthers* (Garvey, 2007). Es así como para Albert, en Chile se daba una inversión de la lógica, un lugar donde el líder de la izquierda chilena contaba con una vanguardia juvenil revolucionaria dispuesta a sacrificar todo por defenderlo.

Su interés por el MIR contó con una desafortunada coincidencia, ya que su estadía en Santiago coincidió con el funeral del líder mirista Luciano Cruz, el 16 de agosto de 1971, fallecido dos días antes a causa de un accidente doméstico. Conmovido por la convocatoria, según sus cálculos unas 25 mil personas, Albert escribió esperanzado: “The MIR is young and their eyes sparkle of Che, Fidel and Lenin. Reality has moved in ways they did not expect. But they are flexible and matured. I think they are Nixon’s nightmare” (Albert, 1971a, p. 16).

Un encuentro terminó por desarrollarse entre el visitante y un militante del MIR al que pudo entrevistar, conversación que desarrolló en medio de rumores



de golpe de Estado. Para su entrevistado, este era inevitable, ya que en su opinión se avecinaba una fuerte crisis económica, sumada a una polarización política creciente y a una oposición de derecha fuertemente organizada. Esta no era la primera vez que Albert se enfrentaba a estos rumores, ya en su reunión con el funcionario comunista había interrogado por la posibilidad de un golpe de Estado. La respuesta en esa ocasión apuntó a que de ocurrir este sería suave, un golpe “a la chilena”, sin guerra civil, breve, sin derramamiento de sangre y con Salvador Allende en el exilio (Albert, 2004, p. 174). Para el MIR, el escenario era distinto, la suma de la virulencia de la derecha, el rol de la prensa conservadora, del ejército y la intervención de la CIA presagiaban un escenario mucho más sombrío, el cual, en efecto, se desarrollaría a partir del año siguiente.

Pese a esto, como muchos simpatizantes de la Unidad Popular, Albert concluyó su observación con un tono optimista, sobre todo debido al poder de la movilización popular. Chile se ubicaba no sólo a la vanguardia, sino también como un referente revolucionario que sería defendido en caso de ser necesario: “If the army moves, they may topple Allende, but they might well precipitate people’s war throughout the continent. Che’s vision of turning the Andes into the Sierra Maestra might come true” (Albert, 1971b, p. 19). Aún con golpe de por medio, la revolución estaba destinada a triunfar.

Porque la guitarra tiene sentido y razón...

I sang for the worker [...] they seemed to like it – I guess they catch spirit – but not words [...]. (Schumacher, 1996, p. 241)

De los tres viajeros, probablemente el que tenía la necesidad más urgente de un cambio era Phil Ochs. A pesar de un cancionero marcado por un canto comprometido, con letras plagadas de humor negro, ironía y denuncia, su mensaje ya no surtía el mismo efecto. Aquejado por un trastorno bipolar y una caótica vida personal, Ochs se había puesto como objetivo, hacia finales de la década, conocer el mundo. En ese contexto, Salvador Allende se había transformado en su nuevo héroe, al ser el protagonista del evento político más interesante desde la revolución cubana. La “vía chilena” hacia el socialismo coincidía con el tipo de revolución pacífica que Ochs soñaba para los EE.UU, por eso debía ser testigo presencial de un momento histórico (Schumacher, 1996, p. 204). Se podría decir que la motivación principal del viaje era política y que la música no estaba en el radar. A pesar de ello, esta sí se hizo presente a



través de un encuentro fortuito.

Una mañana a finales de agosto, Ochs y sus compañeros caminaban por Santiago, llegando a la Universidad Técnica del Estado. Allí se encontraron con un grupo de estudiantes que se preparaban para partir a la mina de cobre “El Teniente”, ubicada a 120 kilómetros al sur de la capital. El personal administrativo y los supervisores de la mina se encontraban en huelga contra el gobierno. Ante esta situación los estudiantes habían decidido emprender el viaje para ayudar a los mineros y así mantener la producción. Con un campus en movimiento, donde se arreglaban los últimos detalles para la partida de la caravana, los tres intentaron acercarse con la idea de participar, sin embargo, a pesar de su entusiasmo, sufrieron el rechazo por parte de los estudiantes.⁴

Fue en ese momento en que se cruzaron con una anglófona, Joan Jara, esposa del cantante Víctor Jara, a quien le contaron su interés por sumarse a la actividad “a fin de expresar su apoyo a los mineros y cantar si era posible algunas canciones para decirles que muchos norteamericanos condenaban la política del gobierno de Estados Unidos” (Jara, 2001, p. 193).

Este primer contacto resultó vital, pues J. Jara le comentó la situación a su esposo, militante del Partido Comunista, y una de las principales figuras del movimiento de la Nueva Canción chilena y del mundo de la cultura de la izquierda⁵. V. Jara inmediatamente intervino para incluir a los extranjeros dentro de uno de los buses. Para Albert, el encuentro cara a cara con el cantautor fue impactante, ya que no correspondía a los estereotipos anti-yanqui de un militante comunista, sino que, al contrario, se mostró muy interesado por ellos. V. Jara intentó explicarles el rechazo inicial de los chilenos hacia ellos: “my brothers are a little bit mistrustful of you. They think maybe your long hair is some kind of spy’s disguise [...] Usually we Chilenos meet only bad guys from the U.S., like from the CIA [...] but it’s really nice to know we have some brothers up north” (Albert, 1974, p. 10).

Durante el trayecto, entablaron una amistosa conversación con el cantante, indagando sobre sus gustos musicales y su opinión sobre la música rock. El chileno reconoció su simpatía por el género musical, sobre todo por *The Beatles*, ya que habían sido influenciados por el blues afroamericano. Víctor había conocido de primera mano la contracultura durante su viaje a California en 1968, maravillándose por la estética psicodélica del movimiento hippie, calificándolo como una normal reacción en contra de un mundo siniestramente higiénico y mecanizado (Albert, 1974, p.10), pero finalmente ingenuo, ya que los jóvenes estadounidenses preferían escapar de los problemas contingentes a



través de las drogas y la música (Sepúlveda, 2001, p. 131-132). Ochs escuchaba casi hipnotizado a este artista revolucionario, si bien no conocía su música, Víctor Jara era una figura magnética, admirada por muchos⁶.

Al llegar a la mina el plan era simple, se jugaría un partido de básquetbol y en el entretiempo V. Jara cantaría unas canciones para entretener a los trabajadores y a los estudiantes. Llegado el momento invitó a Ochs a unírsele. Este aceptó de inmediato, sin embargo, un detalle no menor se presentaba, no hablaba español, por lo que interpretó lentamente su canción *I ain't Marching Anymore*, una crítica a las guerras iniciadas por los ricos a las cuales enviaban al pobre a morir: "It's always the old to lead us to the war /It's always the young to fall/Now look at all we've won with the saber and the gun/Tell me is it worth it all". La versión contó con una traducción simultánea de V. Jara.

Lo que vino después fue otra sorpresa para los estadounidenses. V. Jara comenzó a cantar una canción en español, pero se trataba de algo familiar: era "If I Had a Hammer" de Pete Seeger, la cual había sido grabada bajo el título de "El Martillo" por Víctor en 1969. Sobre la canción recuerda Albert: "we joined with English words, trying hard to pick up a little Spanish in the chorus. We sang very loud, hopping by sheer volume to drown out the Chilean suspicion" (Albert, 1974, p. 10).

A pesar del canto, la recepción inicial de los estudiantes y mineros hacia estos extraños viajeros fue algo difícil, ya que no sólo eran extranjeros, provenientes del principal enemigo de la Unidad Popular, sino que visualmente resaltaban en un país que mostraba un incipiente movimiento contracultural. Como había sido constante en el viaje, recibieron burlas; como confesaría Albert, "insinuating whistles from the miners" (Albert, 1974, p. 11). V. Jara rápidamente intercedió para explicar la situación a los viajeros: "You shouldn't take it personally [...] the only people who have long hair in Chile are the lazy rich kids, so it's a good experience for these men to meet someone with long hair who is a friend" (Albert, 1974, p. 11). Para introducirlos formalmente a la multitud de trabajadores y estudiantes, Víctor los presentó como sus hermanos: "These brothers have come a long way to be with us and to support our revolution. Are we going to make them think we are cold-hearted like the rich?" (Albert, 1974, p. 11), ante lo cual la multitud gritó en respuesta "¡Vivan los hippies buenos!" (Albert, 1974, p. 11).

Luego de la presentación, entraron en la mina para comenzar la faena. De vuelta en Santiago, Víctor llevó a los *gringos* a la Peña de los Parra, donde era posible escuchar a los mejores exponentes del folklore nacional y la Nueva



Canción Chilena (Jara, 2001, p. 194). Para Ochs, conocer al cantor chileno se convirtió en una experiencia definitoria en su vida. Como lo reconocería posteriormente Albert: “I think Victor Jara was a role model for Phil. He did what Phil wanted to do. He was nationally famous, he had played a part in electing a president” (Schumacher, 1996, p. 240). Además, la experiencia de mostrar su música en aquel ambiente obrero y en el marco de una lucha revolucionaria, ayudó al artista a reconectarse con algo que creía perdido. En su bitácora de viaje, escribió: “I sang for the workers [...] They seemed to like it-I guess they catch spirit-but not words” (Schumacher, 1996, p. 241). Como último gran gesto hacia Ochs, V. Jara lo invitó a grabar un programa para la televisión⁷. Esto fue un gran momento, ya que en los EE.UU nunca había tenido una oportunidad como esa (Elliot, 1989, p. 206). Tal vez Chile sí podría ser un nuevo inicio en su carrera.

Jerry Rubin y la otra revolución chilena

There is an incredible cultural revolution going on in Chile
in the middle and upper classes tho [sic] no one admits it [...]
(Rubin, 1971, p. 9)

Los intereses de Rubin en Chile fueron diferentes a los de sus amigos, fuera de la lógica política más tradicional, no mostrando tanto interés en el proceso mismo de la Unidad Popular, sino en la “otra” revolución chilena: la contracultura. Sus primeras impresiones sobre Chile se asemejan a las de Albert: un país algo formal y lejos de lo que una revolución debería parecer. Dentro del panorama gris Rubin destacaba, vanagloriándose de su look: “you should see the reaction our long hair is getting! I feel like a Martian who had arrived on earth” (Rubin, 1971, p. 9). A pesar de la formalidad, y siempre desde una pluma humorística, en sus reportes destacó la elección del nuevo presidente y sus primeras medidas:

They have elected a Marxist Commie govt which plans to socialize
the entire country under the hammer and sickle [...]. Allende
apparently is a very brilliant heavy politician [...]. He holds off
both the right and the left while building his own organizational
apparatus and a popular following (Rubin, 1971, p. 9).

A pesar de la primera impresión, Chile aparecía como un buen lugar,



sintiéndose a gusto por la oportunidad de estar en un verdadero país de izquierda (Rubin, 1971, p. 9).

Si bien la atracción principal era el proceso político en marcha, el Chile de septiembre de 1971 había sufrido otros cambios importantes con respecto a la cultura juvenil y a los movimientos contraculturales. No obstante, estas expresiones tuvieron dificultades para encontrar un espacio propio en medio de la vorágine política de aquellos años. En 1970 dos hitos pusieron en la discusión pública la contracultura. Primero, el estreno en cines de la película *Woodstock*, en septiembre de 1970, donde por primera vez los jóvenes chilenos podían ver un concierto de artistas que conocían solamente a través de fotos y/o discos (*Woodstock. El festival hippie más grandioso del mundo*, 1970). Segundo, la realización de una versión criolla del mismo, en octubre de 1970: el Festival Piedra Roja. A pesar de no haber contado con ninguna similitud técnica, organizacional ni musical respecto de la versión estadounidense, durante tres días un centenar de jóvenes se dieron cita en un terreno en las afueras de Santiago para escuchar distintas agrupaciones. A pesar de no haber estado a la altura de las expectativas, Barr Melej destaca la importancia del evento, pues su mediatización ayudó a que “muchos de los temas históricamente asociados con las contraculturas y el hippismo [hicieran] su entrada al debate público una vez que la noticia del Festival de Piedra Roja apareció en los medios de prensa” (Barr- Melej, 2009, p. 306).

A pesar de estas dificultades, el panorama que encontró Rubin en 1971 le llamó la atención, relatando la existencia de un líder hippie que venía de ser apresado: “The leader of the Yippies here is in jail! [...] He’s 35 years old and he leads a movement of 21-year-olds and younger” (Rubin, 1971, p. 9). Para él, la versión chilena de los yippies chilenos eran los siloistas, un movimiento contracultural fundado por el argentino Mario Luis Rodríguez Cobos, conocido como Silo, que eran conocidos en Chile como movimiento “Poder Joven”. Dentro de sus principales ideas estaba la existencia de la confrontación generacional entre jóvenes y adultos, algo que a Rubin nuevamente le llamó la atención: “they are a Zen religious group whose slogans include “kill you parents”, “total revolution” (Rubin, 1971, p. 9).

En su estudio sobre la contracultura chilena, Barr-Melej define a los siloista como un grupo contracultural, porque cuestionaban las convenciones sociales: sexualidad, el lugar de la juventud, las relaciones políticas, laborales y humanas. A pesar de esto, se diferenciaban de los hippies:



Siloists were not melenudos [...] nor were they marihuaneros (potheads). They did not advocate promiscuity. They did not wear bright flowery shirts or huge earrings with peace symbols. Rather [they] reflected a sober demeanor – which was still soundly countercultural – that focused on a new consciousness, generational conflict, and ‘total revolution’ [...]. Siloist simply put, rejected existing authorities and nearly all aspects of contemporary society (Barr-Melej, 2017, p. 174).

Dentro del repertorio de acción de Poder Joven, sus llamativos grafitis se volvieron una marca registrada, algo que Rubin notó inmediatamente: “all over Santiago are signs saying JOVEN PODER [sic] with their symbol (The Yippies need a symbol)” (Rubin, 1971, p. 9).

Pese a que los siloistas no abogaban explícitamente por el uso de drogas, para los yippies estas sí eran importantes, de ahí el interés de Rubin por relatar sus hallazgos. En primer lugar, el consumo de marihuana, el cual, a pesar de ser ilegal, se extendía sin mayores trabas entre la juventud. La posibilidad del consumo lo impactó, y es que su acceso era relativamente fácil gracias a la producción de cáñamo en algunas regiones, no lejos de la capital. Desde 1968 el consumo se había masificado de manera importante, sobre todo entre los jóvenes. De acuerdo con la Policía de Investigaciones, la mayoría de los jóvenes chilenos consumía por primera vez gracias a los marinos mercantes en los puertos o extranjeros (principalmente provenientes de los EE. UU y Europa). A pesar de esto, el consumo se mantuvo restringido y basado más bien en relaciones interpersonales y no en un tráfico a gran escala (González, 2012, p. 86-87).

El panorama no se agotaba en la marihuana, ya que Rubin dio cuenta también de los incipientes estudios relativos al ácido lisérgico. Desde fines de la década del sesenta, existía un lazo entre el LSD y la psicología en Chile, debido a los estudios desarrollados por el Instituto de Psicología Aplicada, que realizaba experimentos con ácido y mezcalina. Para Rubin, en Chile se experimentaba con LSD “a la [Timothy] Leary”, el conocido psicólogo de Harvard, pionero en los estudios del LSD en los EE.UU. Finalmente, relató la sencillez para hacerse de farmacéuticos potentes por medios perfectamente legales como Ritalin y Valium, los cuales se podían obtener fácilmente en farmacias (Rubin, 1971, p. 9).

Rubin concluyó su relato con un frase clave en donde daba cuenta de que



tal vez la verdadera revolución no la protagonizaba Salvador Allende: “there is an incredible cultural revolution going on in Chile in the middle and upper classes tho [sic] no one admits it” (Rubin, 1971, p. 9). Pese a que esto puede parecer accesorio ante el proceso político que vivía el país, es posible ver en este caso una de las grandes temáticas con respecto a la cultura juvenil durante el periodo: una tensión causada por la cohabitación entre una izquierda tradicional y una cultura alternativa, inspirada por los sesenta globales que no seguía sus guías morales ni culturales. En respuesta a esto, durante el gobierno de Salvador Allende, el discurso ideológico de la izquierda tendió a invisibilizar estas manifestaciones contraculturales, una estrategia que Rubin conocía bien.

En efecto, la Nueva Izquierda estadounidense⁸, motor de la contestación contra la Guerra de Vietnam, atravesó un fenómeno similar. Para un sector, la contracultura aparecía como gente más comprometida con el uso de drogas, libertinaje sexual y el uso de ropa extraña, elementos que no ayudaban en los esfuerzos que se realizaban para el posicionamiento público del movimiento. Para otro sector, más interesado en lograr un verdadero cambio de la consciencia humana, veían en la contracultura una alternativa a los debates políticos anquilosados y estrechos (Farber, 1992, p. 8).

Hacia finales de la década el “movimiento de movimientos” se vio afectado también por el natural recambio generacional de sus participantes, con el ingreso de nuevos jóvenes, poseedores de una relación menos traumática con los elementos característicos de la contracultura. Como lo explica Farber (1992, p. 14), “by 1967 many young people in the anti-war movement – even those who by no means considered themselves a part of the counterculture – regularly used marihuana and other drugs”. La diferencia residía en el lugar que ocupaban estas expresiones en las vidas de los individuos, las cuales, señala Farber, “remained peripheral to their personal identity and to their political agenda” (Farber, 1992, p. 8).

Volviendo al caso chileno, Barr-Melej (2009, p. 321-322) se refiere al mismo fenómeno, ideas y prácticas contraculturales que superaron su campo original para transformarse en algo generalizado, como jóvenes marxistas, centristas o conservadores que rechazaban la contracultura, pero que abrazaban la música rock. La juventud chilena de la época emerge como diversa en cuanto a sus gustos y preferencias, sin embargo, se verá rápidamente atrapada en la vorágine política de la Unidad Popular. En este escenario, la izquierda intentó modelar estos hábitos para generar una juventud en línea con el proceso revolucionario chileno.⁹



Fue así que en 1973 la editorial de gobierno, Quimantú, recolectó una serie de artículos sobre la juventud en donde se presentaba un país dividido con dos tipos: una burguesa y una trabajadora. La primera, fuertemente criticada por seguir modelos estadounidenses como “escuchar música en inglés para, por unas horas [...] romper el aburrimiento de una existencia ociosa, gris, sin horizontes” (Abarca, 1973, p. 12), establecía una relación entre una pobreza existencial y las expresiones culturales provenientes de los EE.UU. El texto finalizaba con una lapidaria conclusión: “un adolescente burgués nacional es diez mil veces más parecido a un hijo de familia media norteamericana que a un joven proletario chileno. Sus creencias y valores forman un mundo aparte, distinto y curioso” (Abarca, 1973, p. 25).

Chile y la revolución peluda

“Los yippies son acción en movimiento. Han utilizado las drogas y se han apoyado en ellas contra el sistema [...]. Muchas de las cosas que dicen a continuación sorprenderán a algunos lectores. Rubin y Albert insisten en que su análisis es válido para EE.UU”
(La revolución [...], 1971, p. 43).

Como parte de sus actividades, Albert y Rubin realizaron una entrevista para la revista *Ahora* titulada “La revolución peluda”, también editada por Quimantú. Esta constituye el registro más extenso sobre la visita de los yippies a Chile, además de tratarse de la única fuente chilena. Si bien, los entrevistados pudieron expresar sus puntos de vista, el resultado es un texto más bien expositivo, en donde se trata a los viajeros de manera algo condescendiente y escéptica, a pesar de los elogios hacia el proceso chileno, mostrándolos como representantes de una revolución menos seria, que se hace con “collares e incienso”. A modo de introducción, Rubin se presentó ante los lectores chilenos, explicando además el interés genuino por la Unidad Popular:

Somos representantes del movimiento antiimperialista en Norteamérica. Me llamo Jerry Rubin [...] soy uno de los fundadores del Partido Internacional de la Juventud [...]. Hemos venido por dos meses a observar con nuestros propios ojos el proceso revolucionario chileno para luego volver a EE.UU e informar al pueblo norteamericano. Queremos decirle al pueblo chileno que la juventud de Amerika [sic] aprueba y apoya la nacionalización

Manuel Suzarte
¡Vivan los hippies buenos! Tres yippies en
el Chile de Salvador Allende



de las minas de cobre y de todas las propiedades norteamericanas en Chile [...]. Anhelamos que ustedes no les paguen ni un centavo a los capitalistas por la explotación de sus minas de cobre y sus recursos naturales. Anhelamos que no indemnicen ni un peso a los momios internacionales que han engordado a costa del trabajo de ustedes (La revolución [...], 1971, p. 43).

A pesar de las elogiosas palabras dirigidas al proyecto de la Unidad Popular, la conversación fue conducida a los aspectos más polémicos del movimiento yippie, como el look de sus militantes y su relación con las drogas. Con respecto al primer punto, tal como en las distintas visitas que el grupo realizó, nuevamente el tema del pelo largo fue cuestionado; de cierta manera la revista dejó entrever una especie de incompatibilidad entre declararse revolucionario y utilizarlo de aquella forma. Rubin defendió la elección, explicando que en los EE.UU esto representaba la “marginación de la cultura burguesa-capitalista” y que “melenudos de todas las clases están en primera línea de la batalla contra el capitalismo y el imperialismo”, agregando además que el modelo estético no era otro que el Che Guevara (La revolución [...], 1971, p. 46).

En cuanto al segundo punto, le tocó a Albert contextualizar el consumo de drogas, defendiendo el uso de la marihuana, pero estableciendo una clara diferencia con las que él llamó las “drogas de la muerte”, como la heroína, las cuales de acuerdo a él eran utilizadas por el gobierno para debilitar a la población afroamericana y la gente joven para evitar que se incorporasen a las luchas revolucionarias.

La entrevista abordó también temas políticos, en específico Rubin y Albert debieron explicar algunas características de la lucha política de los yippies, las que parecían lejanas para la experiencia chilena. Si en Chile los partidos de la Unidad Popular eran herederos de un largo proceso de unidad de las fuerzas de izquierda a través de las urnas, el movimiento Yippie aparecía como informal, sin medios de comunicación nacionales sino prensa *underground* local y solo realizando actos masivos que pudieran impactar (La revolución [...], 1971, p. 42). Ante este “estilo no organizativo” el entrevistador rebatió poniendo en duda la efectividad de tal apronte, ya que Richard Nixon, de todos modos, había resultado electo presidente. Al respecto, Rubin retrucó: “una manifestación no se mide en EE.UU por la adquisición del poder, sino por cómo se aumenta el grado de consciencia de la gente” (La revolución [...], 1971, p. 43).

Un último elemento abordado fue el de los medios de acción para conquistar



el poder, que en el caso chileno había probado ser mediante las urnas. Rubin las desestimó como el gran factor determinante del proceso; para él, esa no era la realidad clave, no era eso lo que convertía a los chilenos en un ejemplo a seguir: “La realidad clave es que Chile nacionalizó las minas de cobre [...] Chile se ha convertido en un nuevo símbolo al expropiar las propiedades norteamericanas y destruir su poderío” (La revolución [...], 1971, p. 45). Este punto es importante ya que, como veremos más adelante, da cuenta del decalaje político entre la visión yippie y la chilena. Con respecto al estado de la lucha armada y su lugar en el proceso revolucionario – otro tema sensible para el proceso chileno –, los entrevistados explicaron la lucha de los *Black Panthers* y del *Weather Underground*, apoyando explícitamente a los últimos, pero desde la legalidad.

De cierto modo, la entrevista nos muestra una recepción estrecha de otra experiencia revolucionaria, la cual no seguía los elementos que eran centrales para la Unidad Popular: el rol de la democracia para conquistar el poder, la disciplina militante y el rol de partidos organizados con voluntad de poder. A pesar de tratarse de visiones políticas que en teoría estaban bastante alineadas, esta entrevista dejó en claro que el diálogo podía ser dificultoso. Como explican Klimke y Nolan (2018, p. 3), estas circulaciones e interacciones entre activistas de distintas partes del mundo durante los *Global Sixties* no estuvieron exentas de tensiones ya que la solidaridad (real u imaginada) en la práctica era compleja, ambivalente y desafiante.

“Una mutua tolerancia” pedía Rubin al final de la página. A pesar de esta demanda la cotidianeidad en Chile no se limitaba a los elogios y reconocimientos que los yippies reportaban en sus escritos, esta había tensionado la dinámica interna del grupo.

Ecos y conflictos del viaje

The length of one’s hair and the methods of one’s recreation are no longer signs of one’s revolutionariness [sic] (Seler, 1972, p. 5)

A pesar de sus palabras de admiración por el país, Rubin nunca se sintió a gusto en Chile. A pesar de jactarse de parecer un extraterrestre en el gris Chile, las constantes burlas a su pelo largo lo habían hartado, sumado a que su fama no había trascendido hasta Chile, siendo reconocido por solo un puñado de jóvenes universitarios. Sin embargo, este no fue el único problema. Algunos meses más tarde el corresponsal de la revista *World View*, durante su propio



viaje a Chile, se refirió a la dificultad que Rubin encontró para acercarse a militantes de izquierda: “they generally refused even to see him, treating him as something of a plague. Revolutionary Left youth fear drugs as politically debilitating” (Collins, 1971, p. 8-9). En cierta medida, Rubin, que se pensaba como un igual, no había sido reconocido como un interlocutor válido.

Un segundo elemento de disgusto era el de las drogas, cuestión que, si bien en un inicio había sido destacada como algo positivo, en el largo plazo y sobre todo en sus esfuerzos por desarrollar una cotidianeidad en Chile, se convirtió en un problema: Chile era un país de vino de calidad, pero con marihuana de mala calidad. Según Albert, Rubin no podía obtener los efectos deseados al fumar la variante criolla (Albert, 2004, p. 174). Lo cierto es que sus problemas eran un poco más profundos, ya que además arrastraba una enfermedad respiratoria, la que solo empeoró por su reticencia a ser tratado por médicos locales. Esta situación y sus quejas dañaron la convivencia interna.

David Ifshin, un líder estudiantil estadounidense y amigo de Ochs que también se encontraba en Chile¹⁰, sugirió una broma para el enfermo: “we ought to find somebody to dress up like one of those witch doctors and send him up there with a big jar of leeches” (Thomas, 2017, p. 88). Ante una creciente tensión, el grupo decidió separarse, Albert y Rubin partieron a Perú volviendo finalmente a los EE.UU, mientras que Ochs e Ifshin continuaron hacia Buenos Aires. La actitud quejumbrosa de Rubin enfureció al músico por su poca consecuencia. Por un lado, se ufanaba de ser “Mr. Revolutionary—Che Guevara with war paint”, pero ante el primer síntoma, “he’s dying and wants to Medivac back to the States” (Schumacher, 1996, p. 243).

A pesar de estas diferencias de tipo personal, la política también jugó un rol en la separación, principalmente entre Albert y Rubin. Como vimos anteriormente, los énfasis que ambos pusieron en sus relatos tuvieron matices diferentes. Mientras Albert se mostró interesado en los distintos aspectos políticos del proceso chileno, Rubin se centró principalmente en la contracultura y el movimiento Poder Joven. Albert recordó posteriormente las consecuencias de esta diferencia:

[Jerry] began identifying himself with a strange assortment of left and right wing libertarians [Poder Joven], and even some eccentric cultist. He criticized the Chilean government from both sides of the political spectrum, arguing that Allende was a sellout. Jerry mocked my frequently-stated belief that the CIA



and military were going to carry out a brutal fascist coup – that blood would flow – and that maybe our friends would die (Albert, 2004, p. 174-175).

Mientras el conflicto interno estallaba, los ecos del viaje llegaron a EE.UU, tanto a los lectores de los distintos periódicos que publicaron los artículos de los viajeros, como a los círculos políticos. A pesar de las promesas de trabajar por Chile, de regreso Albert se encontró con un público local que desconocía gran parte del proceso chileno, tildaban a Allende de revisionista, de estar en contra de la lucha armada, no como el *Weather Underground* que llevaba a cabo una lucha clandestina “verdaderamente” revolucionaria¹¹. A pesar de sus intentos por darle visibilidad a la lucha del pueblo chileno, los temas de interés para la juventud radical de los EE.UU eran otros, por ejemplo, la lucha por los derechos homosexuales aparecía como más urgente que los esfuerzos de un país lejano por combinar democracia y socialismo (Albert, 2004, p. 175). Pero tal vez la crítica más demoledora vino de los *Black Panthers* algunos meses después del fin del viaje.

En un artículo publicado en el periódico oficial del partido, se denunció a la izquierda blanca “culturalista”, aquellos militantes de izquierda que habían renunciado a la política como arma de cambio, enfocándose en los aspectos culturales, como el consumo de drogas, la metafísica, el escapismo y la auto-indulgencia (Seler, 1972, p. 5). Esta denuncia no era casual. Ya en 1972 el panorama de la Nueva Izquierda estadounidense había cambiado bastante en relación a sus orígenes a inicios de los años sesenta. Si en ese momento el objetivo de los jóvenes radicales era re-inventar una alternativa de izquierda diferente de una izquierda ortodoxa pro-soviética, con el avance de la década la radicalización se hizo creciente. Es por esto que es posible distinguir dos vertientes a inicio de los años setenta. Por un lado, una que abrazaba el marxismo y la lucha armada y, por el otro, una que, desilusionada de la política, se inclinaba por las experiencias de vida colectiva y el desarrollo espiritual. Rubin representaba esta segunda vertiente, por lo que no es casual que el autor del artículo lo usara como ejemplo de este fenómeno:

One recent example of “left” cultural imperialism, Jerry Rubin [...] and some of his ‘Yippie’ cohorts, visited Chile – a country which has just begun to undertake a program of socialist construction. Rubin returned saying that the Chileans were “orthodox Marxist” and condemned the policies of President Allende because he



doesn't advocate pot smoking (Seler, 1972, p. 5).

El diagnóstico que Rubin había hecho meses antes sobre una revolución silenciosa contracultural en Chile no coincidía con la imagen internacional del experimento socialista. A esto se suma que no se había guardado sus aprensiones, expresándolas públicamente. Para los *Black Panthers* la lucha chilena merecía ser tomada con seriedad, en el panteón de la lucha revolucionaria, Chile debía ser defendido, pero no por un tipo como Jerry Rubin.

El final del viaje

I went to Chile to learn about the democratic implementation of socialism; instead, I learned about violence, selfishness, and America's role in the world (Rubin, 1976, p. 204).

El 11 de septiembre de 1973 se produjo el temido golpe de Estado en Chile y los ecos del final del gobierno de la Unidad Popular tuvieron un alcance global, con un palacio presidencial en llamas luego de un bombardeo aéreo y Salvador Allende muerto. Miles de chilenos fueron detenidos, torturados y asesinados a partir de ese día. El impacto para Albert, Rubin y Ochs fue total.

Para Albert, la posibilidad de un golpe de Estado ya estaba instalada en 1971, así dio cuenta en sus reportes. Durante su estadía en Chile esta idea fue constantemente ridiculizada por Rubin, para quien no era plausible que la CIA se aliara con los militares para llevar a cabo una masacre, tal vez sí una intervención más suave. Con el paso de los años, el golpe de Estado se transformó para Albert en el tiro de gracia a su espíritu político, sobre todo por la violencia ejercida sobre la gente que había conocido, entre los cuales muchos fueron fusilados pocos días después. Asimismo, el impacto psicológico frente a la magnitud de la intervención estadounidense fue considerable, como lo resumiría en sus memorias de 2004: "If they can destroy democracy in Chile just because Allende nationalized a few copper mines, they could do it here just as easily. Easier. The Left was much stronger in Chile" (Albert, 1971, p. 176). ¿Qué esperanza podían tener ellos y su movimiento dentro de los EE.UU si no contaban con la fortaleza organizativa de la Unidad Popular?

La sombra de la intervención estadounidense en Chile también lo golpeó al descubrir una referencia a su viaje en documentos del FBI¹²:

I once read an FBI memo that listed all the subversive



demonstrations that I had attended. The list went on for pages. It seemed to be nothing special—just the combined work of several local agents in different parts of the country. And then I spotted the phrase ‘observed at a rally for President Salvador Allende in Santiago, Chile.’ How did they know that? A chill went up my spine (Albert, 2004, p. 176).

La implicancia era clara, no solo la CIA había operado en Chile para propiciar un golpe de Estado, también el FBI estaba al tanto de todos sus movimientos, sus discusiones y sus relaciones personales.

El 16 de septiembre de 1973, Víctor Jara fue asesinado. Luego de quebrarle las manos, los militares lo acribillaron. Como mostró Aedo para el caso de la circulación europea del crimen (2022), su muerte fue leída políticamente como un símbolo de la violencia del nuevo régimen y se convirtió en una causa política, sobre todo para Ochs, quien tomó un rol más activo en la defensa de Chile. Un ejemplo de esto fue un concierto el 17 de abril de 1974, donde en una referencia directa a Chile, cambió una estrofa de su canción *Small Circle of Friends*. Originalmente la canción narra la historia de un asesinato que ocurre ante la indiferencia de la gente. En la nueva versión, Chile era el asesinado y los estadounidenses los indiferentes:

Down in Santiago where they took away our mines/We cut of all their money so they robbed the storehouse blind/Now maybe we should ask some questions, maybe shed a tear/But I bet you a copper penny, it cannot happen here/And I’m sure it wouldn’t interest anybody/Outside a small circle of Friends (Schumacher, 1996, p. 230).

Sin embargo, el mayor esfuerzo vendría más tarde, con la realización de *The Friends of Chile benefit: An evening with Salvador Allende*, un concierto en el Madison Square Garden de Nueva York, en mayo de 1974, que contó con la participación de Bob Dylan (su primera aparición en años) e Isabel Allende, hija del fallecido presidente Salvador Allende (Rivas, 2019). Ochs hizo lo posible por ayudar, aunque a esa altura su salud mental había empeorado considerablemente, sumado a un alcoholismo creciente. El golpe en Chile y la muerte de Víctor Jara fueron dos impactos de los cuales no pudo recuperarse. Años más tarde Albert reflexionó sobre la situación de Ochs: “Phil did not sing at the event he organized. He did not write any new songs. He drank until he

Manuel Suzarte
¡Vivan los hippies buenos! Tres yippies en
el Chile de Salvador Allende



went insane” (Albert, 2004, p. 176). A pesar de las esperanzas de renovación que el viaje a Chile había suscitado, Phil Ochs no volvió a publicar nueva música, suicidándose el 9 de abril de 1976.

Al igual como los sesenta estadounidenses de nuestros viajeros terminaron tras múltiples desilusiones, los sesenta chilenos terminaron aquel 11 de septiembre de 1973. Para Stew Albert, Jerry Rubin y Phil Ochs, la experiencia chilena representó, en efecto, una breve bocanada de aire fresco, de esperanza. Sin embargo, el grado de violencia del golpe, sumado al rol de los EE.UU en el golpe y la indiferencia de sus compatriotas frente a estos hechos, dieron a esta historia un final amargo. Lo que comenzó como un nuevo camino hacia la revolución acabó convertido en una prueba más de que esta había terminado y con ella una época.

Conclusiones

Más allá del anecdotario que este viaje dejó, la reconstrucción del episodio nos abre una ventana a los primeros meses de la Unidad Popular desde la óptica de tres estadounidenses provenientes de otra experiencia política. A pesar del conocimiento que estos poseían sobre América Latina y de su genuino interés por el desarrollo del gobierno de Salvador Allende, la realidad del terreno se mostró más compleja. Si bien las fuentes dan cuenta de momentos de épica revolucionaria, es posible apreciar también la complejidad del proceso chileno, sus voces disonantes y otros fenómenos como el auge de la contracultura, la cual parecía más transversal que lo que algunas voces más ortodoxas querían reconocer.

Un aspecto interesante de este caso es justamente lo paradójico de pensar los años sesenta en su dimensión global ya que, si bien las circulaciones culturales y políticas son evidentes a través de las fronteras, como lo muestra el desarrollo de la contracultura chilena, esto no se transformó necesariamente en una invitación a un entendimiento mutuo sin tensiones. A pesar de la disposición, al menos pública, de los viajeros a empaparse de la experiencia chilena, se vieron confrontados a la indiferencia de algunos actores locales e incluso al menosprecio de sus experiencias políticas. Las razones de esto las encontramos en dos dimensiones: por una parte, el solo hecho de ser estadounidenses, con un look que destacaba, les granjeó constantes críticas; por la otra, como grafica la entrevista de la revista Ahora, los yippies venían de una experiencia política muy distinta a lo que era la Unidad Popular, por lo que más allá de un

Manuel Suzarte
¡Vivan los hippies buenos! Tres yippies en
el Chile de Salvador Allende



interés puntual, el diálogo recíproco y los puntos comunes fueron difíciles de establecer.

Referencias

ABARCA, Lucho. *Viaje por la juventud*. Santiago: Quimantú, 1973.

ALBERT, Stew. *Correspondance to Phil Ochs*. Tulsa: Woodie Guthrie Center, [19--]. Correspondance Box 24. Folder 10. (Series 3).

ALBERT, Stew. Tasting the Chile. *San Francisco Good Times*, San Francisco, p. 18–19, 12 nov. 1971.

ALBERT, Stew. The last song of Victor Jara. *Ann Arbor Sun*, Michigan, p. 10–11, 11 oct. 1974.

ALBERT, Stew. *Who the hell is Stew Albert? A memoir*. Los Angeles: Red Hen Press, 2004.

BARR-MELEJ, Patrick. Hippiismo a la chilena : juventud y heterodoxia cultural en un contexto transnacional (1970-1973). In: PURCELL, F. (org.). *Ampliando miradas: Chile y su historia en un tiempo global*. Santiago: RIL Editores, 2009. p. 305–324.

BARR-MELEJ, Patrick. *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2017.

BLAIR, Eric. *Folk singer for the FBI: the Phil Ochs FBI file*. Raleigh: Lulu Com, 2019.

COLLINS, Joseph. Report from Chile. *Worldview Magazine*, New York, v. 14, n. 11 p. 4-9, 1971.

COMPAGNON, Olivier; MOINE, Caroline. Introduction: Pour une histoire globale du 11 septembre 1973. *Monde(s)*, Paris, n. 8, p. 9–26, 2015.

DOHRN, Bernardine; AYERS, Bill; JONES, Jeff. *Sing a Battle Song: The revolutionary poetry, statements, and communiqués of the Weather Underground, 1970-1974*. Seven Stories Press: New York, 2006. 390 p.

ELLIOT, Marc. *Death of a rebel. A biography of Phil Ochs*. New York: Franklin Wattsed, 1989.



FARBER, David. *Chicago '68*. Chicago: University of Chicago Press, 1994.

FARBER, David. The counterculture and the antiwar movement. In: SMALL, M. (org.). *Give Peace a Chance: Exploring the Vietnam Antiwar Movement*. Syracuse: Syracuse University Press, 1992. p. 7–21.

FBI - FEDERAL BUREAU OF INTELLIGENCE. *FBI FILE 105-89231*: Section 4. [Washington]: FBI, 1971. Disponible en: <https://judygumbo.com/wp-content/uploads/2022/06/9231-4.pdf>. Acceso el: 13 ene. 2024.

FERMANDOIS, Joaquín. *Mundo y Fin de Mundo: Chile en la Política Mundial, 1900-2004*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile: Biblioteca del Bicentenario, 2005.

GONZÁLEZ, Juan Pablo. Vanguardia primitiva en el rock chileno de los años setenta: música, intelectuales y contracultura. *Música Popular em Revista*, Sao Paulo, v. 1, p. 75–92, 2012.

GARRETÓN, Manuel Antonio; MARTÍNEZ, Javier. (org.). *Universidades chilenas: historia, reforma e intervención*. Santiago de Chile: Editorial Sur, 1987.

GARVEY, Helen. *Rebels with a cause: a collective memoir of the hopes, rebellions and repression of the 1960s*. Los Gatos: Shire Press, 2007.

JARA, Joan. *Victor Jara, un canto truncado*. España: Suma de Letras, 2001.

KLIMKE, Martin; NOLAN, Mary. The Globalization of the Sixties. In: CHEN, Jian et al. (org.). *The Routledge Handbook of the Global Sixties: Between protest and nation-building*. New York: Routledge Taylor Francis Group, 2018. p. 1–9.

LA REVOLUCIÓN peluda. *Ahora*, Santiago, p. 42–46, 21 sept. 1971.

MARCHESI, Aldo. Escribiendo la Guerra Fría latinoamericana: entre el Sur “local” y el Norte “global”. *Estudios Históricos*, Rio de Janeiro, v. 30, n. 60, p. 187–202, 2017.

MUSICAL, con Phil Ochs. *La Nación*, Santiago, p. 15, 13 ene. 1972.

PÉREZ, C. Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP). *Estudios Públicos*, Santiago, n. 79, p. 31–81, 2000.

PURCELL, F. Guerra Fría, motivaciones y espacios de interacción. El caso del Cuerpo de Paz de Estados Unidos en Chile, 1961-1970. In: HARMER, T.; RIQUELME, A. *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago: RIL editores, 2014. p. 71–88.



RIVAS A. Matías. La desconocida amistad entre Víctor Jara y Phil Ochs, el rival y amigo de Bob Dylan. *El Mostrador*, Santiago, 6 oct. 2016. Disponible en: <https://www.elmostrador.cl/cultura/2016/10/06/la-desconocida-amistad-entre-victor-jara-y-phil-ochs-el-rival-de-bob-dylan/>. Acceso el: 29 ago. 2019.

RODRIGUEZ, Javier. El folklore como agente político: la Nueva Canción Chilena y la diplomacia musical (1970-1973). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Paris, 2017. Disponible en: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/70611>. Acceso el: 13 ene. 2024.

RUBIN, Jerry. *Do it!: escenarios of the revolution*. New York: Simon and Schuster, 1970.

RUBIN, Jerry. From Chile with love. *Berkeley Barb*, California, p. 9, 10 sep. 1971.

RUBIN, Jerry. *Growing (Up) at 37*. Maryland: Rowman & Little Field, 1976.

SALGADO, Alfonso. “Una pequeña revolución”: Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular. In: LOYOLA, M.; ÁLVAREZ, R. (org.). *Un trébol de cuatro hojas: Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*. Santiago: Ariadna Ediciones, 2014. p. 144–169.

SCHUMACHER, Michael. *There but for fortune: The life of Phil Ochs*. New York: Hyperion, 1996.

SELER, Robert. Revolution and the white “left” in America. *The Black Panther*, California, p. 5-12, 22 abr. 1972.

SEPÚLVEDA, G. *Victor Jara: hombre de teatro*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.

SUZARTE, Manuel. *Les circulations politico-culturelles entre les jeunesses chiliennes et étasuniennes entre 1965-1972*. 2015. Disertación (Master en Historia) - Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Sorbonne Nouvelle, Paris, 2015.

THOMAS, Patrick. *Did It! From Yippie to Yuppie: Jerry Rubin, An American Revolutionary*. Seattle: Fantagraphics Books, 2017.

WOODSTOCK el festival hippie más grandioso del mundo. *Revista Ritmo*, Santiago, n. 247, p. 14–19, 1970.

ZOLOV, Eric. *Refried Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture*. California: University of California Press, 1999.



Notas

¹Doctor del Instituto de Altos Estudios de América Latina (Université Sorbonne Nouvelle), donde ejerce actualmente en cargo de ATER. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-1877-2207>.

²La circulación de este libro hacía Chile no es clara, sin embargo, la Revista Cormorán publicó un extracto del libro traducido al español algunos meses antes del viaje de Rubin a Chile en diciembre de 1970 con el título “Manifiesto Yippie” (Rubin, 1971).

³Dos ejemplos son las canciones “Ballad of William Worthly” y “Talking Cuban Crisis” del disco All The News That’s Fit To Sing de 1964.

⁴El antiamericanismo era algo extendido en la mayoría de las universidades chilenas, con importantes episodios de manifestaciones contra las Cuerpos de la Paz (Purcell, 2014), sin embargo, en el caso de la UTE la situación era aún más conflictiva al ser una universidad con un rector comunista y fuertemente identificada con la Unidad Popular.

⁵El movimiento de la Nueva Canción chilena se origina en la segunda mitad de la década del sesenta, protagonizado por músicos ligados con la izquierda que se propusieron resignificar el folklor tradicional incorporando una dimensión política comprometida al centro de la producción musical (Rodríguez, 2017).

⁶Si bien Víctor Jara era militante Comunista, mostró una apertura e interés por la nuevas expresiones artísticas y musicales. Un ejemplo de esto lo plasmó en una versión de su canción “El Derecho de Vivir en Paz” publicada en 1971 en donde se hizo acompañar de músicos jóvenes que incluyeron guitarras eléctricas y órganos al sonido.

⁷Las fuentes no especifican que tipo de programa ni en que canal, sin embargo, en enero de 1972 Televisión Nacional emitió un programa llamado “Musical, con Phil Ochs” por lo que asumimos que se trata del programa grabado por intermediario de Víctor Jara (1972).

⁸Al no tratarse de una orgánica formal, la Nueva Izquierda estadounidense debe pensarse, retomando la caracterización realizada por Van Gosse, como un “movimiento de movimientos”, es decir un movimiento que relacionaba distintos tipos de movilizaciones político-culturales (Zolov, 2014, p. 350).

⁹Un trabajo interesante en esta línea es el de Salgado sobre las discusiones valóricas en las Juventudes Comunistas durante la Unidad Popular (Salgado, 2014).

¹⁰Ifshin era miembro de la delegación estadounidense que participó del encuentro internacional “La Juventud Latino y Norteamericana acusa al imperialismo : solidaridad con Vietnam, Laos y Camboya” que contó con representantes del mundo entero, el apoyo del gobierno chileno, los partidos de la Unidad Popular y dos organizaciones internacionales: la Federación Mundial de la Juventud Democrática y la Unión Internacional de Estudiantes (Suzarte, 2015, p. 76-82).

¹¹Con motivo del golpe de estado, el 28 de septiembre de 1973, esta organización atentó contra la sede latinoamericana de la empresa multinacional *International Telephone & Telegraph* la cual había jugado un importante rol en los esfuerzos por desestabilizar el gobierno de la Unidad Popular (Dohrn; Ayers; Jones, 2006, p. 209-214).

¹²El FBI realizó un detallado seguimiento de los viajes de Albert y Ochs a Europa y América



Latina, esto como parte de sus operaciones generales de seguimiento de militantes de izquierda estadounidenses. En el caso del paso por Chile los archivos muestran en detalle los itinerarios de vuelo, descripciones físicas y reportes de discusiones mantenidas durante la estadía. El archivo del FBI sobre Ochs fue publicado en 2019 (Blair, 2019).

Manuel Suzarte
¡Vivan los hippies buenos! Tres yippies en
el Chile de Salvador Allende